

Teatro UC

O'HIGGINS

UN HOMBRE EN PEDAZOS



PROGRAMA N°60

O'HIGGINS

UN HOMBRE EN PEDAZOS

COMPAÑÍA

Tryo Teatro Banda

DIRECCIÓN

María Izquierdo

DRAMATURGIA

Ricardo Larraín y
Andrés Kalawski

ELENCO

Daniela Ropert • Francisco Sánchez
Alfredo Becerra • Eduardo Irrazabal

DISEÑO ESCENOGRAFÍA Y VESTUARIO

Gabriela González

DISEÑO ILUMINACIÓN

Tomás Urra y Gabriela González

ASISTENTE DISEÑO

Tomás Urra

APOYO REALIZACIÓN DISEÑO

Omaira Araya

SONIDO

Julio Gennari

PRODUCCIÓN

Carolina González

ASISTENTE DE PRODUCCIÓN

Ignacia Goycoolea

AGRADECIMIENTOS

Anfiteatro Bellas Artes y Colegio
San Leonardo

Temporada Teatro UC del 13 de agosto al 8 de octubre de 2016
Estrenada el 13 de agosto de 2016 en Teatro UC

CONTENIDOS, EDICIÓN Y DISEÑO PROGRAMA DE MEDIACIÓN

Departamento de Comunicaciones y Públicos Teatro UC

FOTOGRAFÍAS

Pedro Aceituno Hoffman, Rafael Labraña Sevilla, Prensa UC

PORTADA

Fotografía: Pedro Aceituno Hoffman. Tipografía: Paloma Rivera.
Diseño Gráfico: Teatro UC

PROGRAMA Nº 60 O'HIGGINS, UN HOMBRE EN PEDAZOS

Este programa es concebido como una iniciativa de mediación en el marco del Programa de Formación de Audiencias del Teatro UC. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización expresa del Teatro UC.

UNA OBRA DE



COPRODUCCIÓN

**FUNDACIÓN
TEATROAMIL**



EDITORIAL | Andrés Kalawski, Director artístico Teatro UC

Probablemente usted vio *Star Wars*. La primera película, que es la cuarta, en fin. La vio, o se la contaron. O al menos sabe de qué va. Y sabe que, junto con citar películas del oeste y películas de guerra, la historia se nutre de un conjunto enorme de relatos que ha terminado siendo conocido como “el viaje del héroe.” Ese molde narrativo está alimentado por una enorme bolsa de relatos que incluye bastante por igual a *Teseo*, *El Mago de Oz*, *La Odisea*, *Heraclés*, *La Cenicienta* y *Los tres chanchitos*.

Cuando uno junta relatos creados en culturas distintas, en momentos distintos y para públicos distintos descubre cosas muy raras, como el nacimiento de un héroe que es un hijo secreto de alguien muy poderoso, que debe pasar la infancia lejos de sus padres, en general entre personas pobres o animales, como pasa en las historias de Zeus, Harry Potter, Bernardo O’Higgins, Edipo y varias más. Hay algo en este patrón de contar historias, una fuerza que no es la pura convención, que lleva a los relatos a este camino.

En general, este molde narrativo incluye cosas muy malas, como mujeres que no tienen agencia y justificación ética de la monarquía y la guerra, pero también cosas muy buenas, como la posibilidad de comprender aquello que odiamos, de valorar a quienes la sociedad excluye y de conocernos mejor mediante las acciones esforzadas.

Un problema con estas historias es que son muy poderosas y dificultan la aparición de otras, y la vida necesita todas las historias. Otro, es que las hemos ido recortando. Quizás no es culpa de nadie, pero nos hemos ido quedando con la parte triunfante y hemos ido perdiendo una parte fundamental. El héroe pierde. Y no pierde momentáneamente, como un efecto, para generar tensión y después reaparecer transformado, más poderoso. Pierde pierde. Se muere. O mata y se pierde. O enloquece, o se envilece. La cosa es que pierde. Y esa es una parte crucial de la historia, que es la que representa en general la tragedia ateniense, por ejemplo, y una parte que nos carga y preferimos saltarnos.

Esta obra, entre otras cosas, se trata de ver a un hombre perder. Y ver cómo se siente. Y ver qué hace. Sucede que ese hombre es O’Higgins y le decimos “el Padre de la Patria”, pero eso es menos importante que ver cómo se baja o lo bajan del poder y qué le pasa con eso.

Tuve la fortuna de trabajar esta obra con Ricardo Larraín, de conversar de este personaje durante 10 años, de pensar juntos en el aprendizaje de la derrota. Pude ver cómo andaba el camino hacia la muerte, con claridad, generoso, con sabiduría. Si a partir de su trabajo hemos logrado hacer algo bien, esta obra contiene un poco de esa muerte que nos espera a todos y del país que tenemos que soñar y construir mientras tanto. ■



“Tenemos que hacernos cargo de la distancia”

Entrevista a Andrés Kalawski, dramaturgo
Por Amalá Saint-Pierre

El dramaturgo de O'Higgins, un hombre en pedazos -y también director artístico del Teatro UC- Andrés Kalawski, cuenta las particularidades de esta obra que fue escrita junto a Ricardo Larraín para la compañía Tryo Teatro Banda, y reflexiona sobre el sentido de hacerse cargo de nuestro pasado.

Desde tu punto de vista, ¿de qué trata la obra?

Bernardo O'Higgins está en un momento muy difícil de su vida y él mismo está tratando de entender qué es lo que debería hacer. La obra está centrada en un momento que, en general, es poco conocido, que es el espacio entre la abdicación en enero de 1823 y su partida al exilio en Perú, y que es un momento particularmente incómodo y doloroso para él pero también para Chile, porque nadie sabe mucho qué hacer con O'Higgins. No lo pueden matar, no lo pueden poner de nuevo en el poder, no lo pueden encarcelar, no lo pueden mandar al sur ni dar un cargo de asesor. Todo es muy peligroso. Y nadie sabe mucho en ese momento cómo se va a seguir. Para nosotros es obvio que Chile exista hoy, pero en el momento de la obra no lo es y esta construcción puede deshacerse en cualquier momento, así como la mente de O'Higgins puede romperse en cualquier momento.

¿Cuál es la particularidad de escribir una obra histórica?

Tratamos de respetar lo más posible lo que sabemos que ocurrió y tratar de darnos libertad para lo que no sabemos cómo ocurrió o no sabemos si ocurrió, que es una distinción bien importante porque a veces a los propios historiadores se les olvida que ellos mismos hacen ese trabajo. Hay partes que sabemos que están construidas y partes que se construyen en consenso. Pero cuando uno vuelve a mirar lo que sabemos, nuestra obligación es no seguir necesariamente esos consensos sino que volver a pensar, y eso es lo que tratamos de hacer.

¿Cómo se le da el marco teatral o ficcional a hechos históricos?

No hicimos investigación a partir de fuentes primarias. Es decir, no descubrimos ninguna carta nueva, ninguna lista de compra nueva, pero sí leímos varias fuentes primarias y varias fuentes secundarias. Teníamos la sensación –es una de las

razones para trabajar con este personaje– de que su historia pedía teatro, pedía película. Entonces más que hacerlo como un trabajo se trata de hacerle caso a lo que la historia te está pidiendo.

Comenzaron a escribir a cuatro manos junto a Ricardo Larraín y tuviste que terminarla tú dado su reciente fallecimiento. ¿Cómo es el proceso de coescritura y cómo enfrentaste terminar la obra solo?

He trabajado varias veces escribiendo con más personas y es algo que me resulta bastante cómodo. En particular con Ricardo teníamos un sistema de trabajo, y escribir con él era muy fácil y muy difícil a la vez. Muy fácil porque nos llevábamos bien, nos entendíamos. Difícil porque era exigente. Y yo diría que el terminar de escribirla fue difícil porque su muerte me dio mucha pena y me dio mucha pena no poder discutir con él. Probablemente lo más difícil fue no caer en la trampa de no cambiar cosas que Ricardo había puesto para respetar su memoria. Hubo un momento en que me di cuenta que Ricardo mismo las habría cambiado, porque no se tenía ningún respeto; porque estaba más preocupado de la obra que de sí mismo. Y lo que intenté fue seguir trabajando con ese sistema que era el que nos había funcionado juntos.

No es la primera vez que colaboras con Ricardo Larraín en proyectos sobre O'Higgins. Habían escrito en 2007 el guión de *O'Higgins, vivir para merecer su nombre*, para Canal 13, y luego *El Niño Rojo* que se emitió en Mega. ¿De dónde surgió el interés por el personaje?

De que Ricardo y yo éramos buenos alumnos. Entonces cuando Canal 13 pidió trabajar sobre algún prócer e hizo la lista -lista en la que estaba Diego Portales, todavía no sé por qué-, Ricardo pidió hacerse cargo de O'Higgins porque pensó que nadie más iba a querer; que los demás iban a ir a los héroes más rebeldes, más románticos, más seductores. Y esta cosa aparentemente "fome",

como de libro de historia o de acto de lunes por la mañana que tenía O'Higgins, nos parecía interesante. Y nos parecía obligatorio tomarnos el trabajo de volver a mirarlo. Y estudiando para ese primer guión comprendimos que había por lo menos cinco historias distintas ahí. Y entonces lo demás fue seguir trabajando sobre esa primera sensación, que era necesario contar distintas etapas, que son distintas historias, que son distintos géneros de la vida de esta persona.

Esta obra fue escrita especialmente para la compañía Tryo Teatro Banda quienes lo plantean como una obra musical. ¿Cómo es el proceso de escritura pensando en un formato musical?

Conociendo el trabajo de Tryo Teatro Banda, cuando pensamos en trabajar con ellos sabíamos que esta obra iba a tener un fuerte componente musical, pero que no sigue las convenciones de una comedia musical ni de una ópera. Es otra cosa. Diría sobre todo que lo que hicimos fue dejar espacios -parecido a lo que me pasó cuando escribí Niño terremoto- que sabía que iban a trabajar con música. La cosa era dónde dejar espacio para que la creatividad musical evidente del grupo -y muy superior a la mía- se desarrollara. Entonces había que dejar esos vacíos para que el grupo los llenara con música.

¿Escribes el texto pensando por lo tanto en esos interludios musicales?

Y no sólo interludios, sino también hay unas escenas que piden convertirse en canción, pero sé que van a tener que hacer un trabajo para poder adaptarlo a un formato de canción. Intento dejar ese margen de juego.

¿Cómo es hablar del mismo personaje para un público de teatro?

Creo que solo escribimos la obra porque existe Tryo Teatro Banda, porque hay un grupo que

ha encontrado una manera de dialogar con materiales históricos. Una manera que a mí me parece teatralmente atractiva, porque el teatro nos da más libertad narrativa que, en general, en audiovisual no se tiene por condiciones de producción.

¿Cuál es el valor de hablar de O'Higgins en el contexto de Chile hoy?

Son historias de nuestro pasado y la forma en la cual negociamos nuestro pasado es la forma en la cual logramos crear un sentido de identidad, de coherencia con quienes somos. Entonces es una pregunta rara porque nuestro pasado siempre es relevante, nuestra identidad es siempre una pregunta que hay que plantearse. La pregunta es ¿somos el mismo país que tuvo a este O'Higgins o no?

¿Y lo somos?

En parte sí y en parte no. Y parte de la idea de hacer esta obra es que los espectadores idealmente vean la obra y opinen: les parezca que algo "no", que "¿cómo es posible?"; o que algo "por supuesto". Idealmente, salgan y discutan.

La obra está llena de pequeños guiños que podrían interpretarse como puentes históricos entre el ayer y hoy.

Al mirar la historia es imposible no ver que hay algunas cosas que permanecen y algunas que se prestan para chistes. Hay cosas en la obra que tienen que ver con el presente, con marcar distancia, para no engañarnos pensando que esto es como una invocación. O'Higgins no es un zombie: O'Higgins es un personaje interpretado por un actor. Entonces no podemos, por más que queramos, sacar a los muertos de las tumbas para que nos hablen. Tenemos que hacernos cargo de esa distancia. ■



“Humanizar la historia para activar nuestra mirada crítica”

Entrevista a María Izquierdo, directora
Por Ignacia Goycoolea

La directora María Izquierdo comparte su experiencia en el proceso de creación junto a Tryo Teatro Banda y su visión de la dirección como un proceso de “quebrar huevos colectivamente”. Según ella, el valor de esta obra se debe a que “a pedazos se recrean en el espejo del Padre de la Patria, las podredumbres fundacionales que nos gobiernan hasta el día de hoy”.

En tus propias palabras ¿de qué trata la obra y cuál es su vigencia?

La acción transcurre fundamentalmente en la mente de Bernardo O’Higgins luego de dimitir al poder en un acto teñido por la traición. Acorralado por intrigas y dudas, él se encierra a esperar que lo restituyan mientras la fiebre lo abraza forzándolo a dialogar con su conciencia. La vigencia de la obra radica en el retrato íntimo y delirante que se hace de este prócer en caída libre. A pedazos se recrean en el espejo del “Padre de la Patria”, las podredumbres fundacionales que nos gobiernan hasta el día de hoy.

Eres actriz de destacada trayectoria sobre el escenario y delante de cámaras, pero ¿qué significa para ti asumir la dirección de un espectáculo teatral?

Amo dirigir por el vértigo que significa conducir un proceso colectivo en donde las certezas y las ideas suelen caer por su propio peso imponiéndose la aventura del acontecimiento escénico. Para mí dirigir un montaje es conducir un proceso creativo grupal. Es un desafío que recibo con humildad con la alegría de “quebrar huevos” colectivamente.

Habiéndote desarrollado como actriz en el Gran Circo Teatro de Andrés Pérez, ¿cuáles de sus aspectos metodológicos podrías identificar en el proceso de creación de *O’Higgins, un hombre en pedazos*?

La improvisación es uno de esos aspectos: en el riesgo de abrirse al presente de estos personajes, habita la vida del montaje. Eso aprendí de Andrés Pérez y ese es mi trabajo. Potenciar las condiciones para que los personajes respiren y con su aliento sostengan la acción. Escuchar al escenario para desde afuera componer y completar, de la mano de la más absoluta rebeldía frente a cualquier limitación a la imaginación. Otro aspecto de esa metodología es el proceso de incorporación orgánica de la música, el vestuario, la iluminación, el maquillaje y la escenografía.

¿Cuáles han sido las riquezas y los desafíos de trabajar con la compañía Tryo Teatro Banda?

Son tremendos actores y músicos, diestros en el trabajo corporal, y se conocen muy bien entre ellos por los años de recorrer escenarios del mundo, entonces es una compañía soñada. Un cuarteto de juglares con abundante trayectoria, comprometida con el arte teatral y con la historia de Chile. Es un privilegio para mí como directora. El gran desafío es estar a su altura.

¿Cuál esperas que sea la reflexión del público a partir de esta obra?

Espero que el público se interese por los grises de nuestra historia y en particular por los grises de nuestras ilustres “vacas sagradas”. Humanizar la historia a través del acontecimiento escénico podría idealmente despertar nuestra curiosidad y activar nuestra mirada crítica. ¡Ya veremos! ■



15 años de Tryo Teatro Banda

A 15 años de la fundación de la compañía Tryo Teatro Banda ya son 20 las obras de teatro montadas y alrededor de 2.000 funciones para más de 300.000 espectadores en trece países de todo el mundo. En sus inicios eran tres los propósitos fundamentales: crear espectáculos de autores o temáticas chilenas, itinerar a lugares alejados del circuito artístico y combinar las artes de la actuación con la literatura y la música en vivo. En el camino se han sumado otros ideales como incorporar a los niños y jóvenes dentro del público objetivo y trabajar dramáticamente con episodios fundacionales de la historia de Chile, bajo una exhaustiva investigación acerca de los orígenes de nuestra identidad mestiza en un enriquecimiento permanente de su estilo artístico, que han denominado "juglaría contemporánea" inspirados en la idea de los antiguos juglares que recorrían los pueblos contando historias, desarrollando al máximo sus capacidades expresivas.

Durante estos años de trayectoria e intenso trabajo Tryo Teatro Banda se ha posicionado como una de las compañías nacionales más importantes, no solo por la permanente circulación de su repertorio o por los premios y reconocimientos recibidos. El camino creativo de la compañía destaca a través de los años

por estar en constante innovación en términos artísticos y de gestión.

Los artistas y creadores con que la compañía ha forjado vínculos han sido claves a la hora de potenciar los recursos narrativos de los actores-juglares. El año 2010 en *Jemmy Button*, Tryo Teatro Banda contó con la dirección de Sebastián Vila y la dramaturgia de Ximena Carrera. El año 2015 y para la misma obra fue el compositor musical Jorge Aliaga quien creó una partitura orquestal para luego ser interpretada por la Orquesta de Cámara de Valdivia en *Jemmy Button con orquesta*. Del mismo modo, para *La expulsión de los jesuitas* y *¡Parlamento!* fue Andrés del Bosque quien los dirigió y Neda Brkic quien los acompañó en los procesos dramáticos. De esta forma llegamos a *O'Higgins, un hombre en pedazos*, proyecto que cuenta con la dramaturgia de Ricardo Larraín y Andrés Kalawski, quienes ya habían realizado juntos guiones sobre Bernardo O'Higgins para la televisión, y también con María Izquierdo como directora. Todas estas alianzas a través de los años han permitido a la compañía seguir explorando en los lenguajes teatro-musicales, siempre en favor de nuevos puntos de vista y reflexiones en torno a los episodios claves de nuestra historia mestiza. ■



O'Higgins, doscientos años después

En 1816, exactamente hace doscientos años, Bernardo O'Higgins formaba parte de los muchos emigrados que cruzaron la cordillera de los Andes en dirección a Mendoza luego de la batalla de Rancagua (1 y 2 de octubre de 1814). La llegada de los insurgentes chilenos a Cuyo permitió que O'Higgins firmara una alianza con el gobernador de la provincia, José de San Martín, gracias a lo cual la revolución comenzada en 1810 devino abiertamente separatista. ¿Cómo y por qué sucedió esto?

Entre 1810 y 1823 O'Higgins fue el principal protagonista del proceso político-militar que derivaría en la independencia de Chile y en la creación de un régimen representativo. Entre otras cosas, estudiar su vida en la actualidad nos da una idea de cómo funcionó la política chilena luego de la caída del rey Fernando VII en 1808; del papel de Santiago y Concepción en la creación de ejércitos revolucionarios para enfrentar a las fuerzas fidelistas que luchaban en nombre del virrey del Perú; de la relación ambivalente entre los insurgentes chilenos y el régimen monárquico; y de los vínculos entre los revolucionarios chilenos y la denominada Logia Lautaro. Todas estas cuestiones permiten enfatizar un elemento clave de la década de 1810 y que, sin embargo, ha sido poco estudiada por los historiadores chilenos: el carácter al mismo tiempo local y americanista de la revolución de independencia.

En efecto, uno de los elementos más sobresalientes de la vida de O'Higgins es su participación en diversos espacios geográficos, tanto en Chile como en otras zonas de Sudamérica. Cuestión nada extraña si consideramos que en 1810, cuando estalló la revolución juntista en Santiago, la nación chilena estaba lejos de existir tal como la concebimos hoy. Más que "chileno", O'Higgins era un conspicuo miembro de los grupos de poder -conformados por hacendados, militares y hombres de letras- de la zona de Concepción, y su primera lealtad estaba con sus "paisanos"

Por Juan Luis Ossa

Doctor en Historia, director del Centro de Estudios de Historia Política, Universidad Adolfo Ibáñez

penquistas. Su participación como diputado de Los Ángeles y luego como líder de las fuerzas insurgentes concentradas en el Valle Central deben comprenderse a partir de esta mirada localista. Algo similar puede decirse de su Némesis, José Miguel Carrera, aunque en este caso para remarcar el papel que jugaron los militares en la estratagema que llevaría al santiaguino a tomar el control del gobierno con sede en la capital.

Ahora bien, las lealtades hacia las localidades -o hacia las "patrias chicas", como en general se les conoce- no eran necesariamente excluyentes de otro tipo de filiaciones político-geográficas. Cuando O'Higgins selló su alianza con San Martín lo hizo a sabiendas de que el proyecto del rioplatense iba más allá de las fronteras chilenas: retomar el Valle Central era, para San Martín, el primer paso hacia la conquista de Lima, considerado en ese entonces como el corazón de la contrarrevolución. Este americanismo de San Martín era apoyado a su vez por la Logia Lautaro, cuyos miembros -tanto chilenos como rioplatenses- se convencieron en 1816 que la única opción política que podía salvar a la revolución era la independencia definitiva de España. No es de extrañar, pues, que la declaración de la independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica (hoy Argentina) coincidiera con la etapa más fructífera de la preparación del Ejército de los Andes, la fuerza militar que a comienzos de 1817 comenzó a transitar la cordillera en dirección a Chile. Se acercaba la batalla de Chacabuco y, con ello, la posibilidad de que O'Higgins fuera nombrado como Director Supremo de Chile.

Entre 1817 y 1823, O'Higgins gobernó un territorio marcado por una implacable guerra de guerrillas en el sur de Chile, por una crisis económica profunda en las haciendas que habían servido de cantera de hombres y recursos para los ejércitos en disputa, y por la exigencia de cumplir con la promesa que le hiciera a San Martín de que el Ejército de Chile y su gobierno apoyarían el ataque militar al Perú. Aunque rápido en su administración

O'Higgins declaró la independencia de Chile -no sólo en relación con España sino también con los territorios vecinos, el Río de la Plata incluido-, el poco dinero obtenido de los impuestos y del comercio fue utilizado para cubrir los gastos de la guerra en el Perú, es decir, para cumplir con el sueño americanista de San Martín. La consecuencia fue doble: por un lado, el Estado de Chile incrementó su ya larga deuda interna y externa; por otro, alienó a los grupos penquistas que, desde 1821, clamaban por una solución definitiva al conflicto militar en la Araucanía.

La caída de O'Higgins en enero de 1823 se explica por este contexto de incertidumbre. El oficial a cargo de la insurrección que lo obligó a abdicar, Ramón Freire, se alzó en armas enarbolando las banderas de las provincias y criticando el despotismo militar y el centralismo administrativo del gobierno de O'Higgins. En pocos meses O'Higgins emprendería un viaje sin retorno a Perú, mientras que en Chile se iniciaría un largo proceso de reingeniería política en el que, otra vez, las patrias locales cumplirían un papel protagónico. ■



Recordar no es suficiente

Por María José Cumplido Baeza

Historiadora Universidad Católica

“Toda Historia es historia contemporánea” decía el intelectual italiano Benedetto Croce (1866-1952) para dar cuenta que al pensar en un personaje, hecho o proceso histórico, lo hacemos desde nuestro presente con todas las mochilas ideológicas que eso conlleva.

A lo largo de la historia de Chile se ha vuelto muchas veces a la figura ineludible de O’Higgins, y siempre bajo perspectivas distintas dependiendo de la época. Es así que hemos tenido una revaloración del O’Higgins militar bajo la dictadura de Pinochet, o una mirada tiranizada por Amunátegui, e incluso, un O’Higgins atormentado por el bullying y sus raíces guachas bajo la mirada de Ricardo Larraín. Últimamente su figura reaparece como un ser repleto de mitos que hay que seguir escudriñando. No hay acuerdo sobre quién fue O’Higgins y probablemente nunca lo haya. Lo interesante, desde mi visión, es revisar por qué en la historia de Chile es tan importante volver a él, analizar qué se está diciendo y cómo esas caracterizaciones nos hablan del presente.

Cada época o personaje que vuelve a O’Higgins está reinterpretándolo porque es una referencia para hablar de historia de Chile, ya que más que un personaje convertido en héroe, representa el mito de la fundación del Estado nacional. Podría admirar o despreciar su actuar en la guerra por la independencia, pero es imposible dejarlo de lado. Es una figura central de dicha guerra, probablemente más que como militar, como mito. El O’Higgins de carne y hueso es mucho menos valioso para nuestra historia que las reinterpretaciones que se han hecho sobre él.

Es por esto que recordar no es suficiente, sino que reinterpretar a O’Higgins es lo importante para entender la constitución de Chile como república y para comprender la guerra civil que supone la independencia. Desde un aspecto estético podríamos decir que reinterpretarlo se relaciona con la constitución del imaginario histórico; cómo

un personaje puede ser o no la columna vertebral para comprender el inicio de un país, y cómo eso nos habla de lo que queremos como país hoy.

O’Higgins es ineludible. No en vano los historiadores más importantes han escrito sobre la independencia de Chile dando distintas perspectivas del hecho. No en vano O’Higgins, Portales y Prat, entre otros, han sido puestos en tela de juicio y se han escrito un sinnúmero de obras sobre ellos. Incluso la burla ha sido un acto intelectual que ha remecido. Un escalofriante temor surge en la sociedad al cuestionar a estos “héroes” convertidos en estatuas, como si hubiera temor por otras perspectivas que quebrasen las supuestas verdades que se dicen de ellos.

Poner a los “reconocidos héroes” en tela de juicio es un ejercicio necesario, ya que es bien sabido que hay interpretaciones de personajes que se han quedado fijadas en el imaginario colectivo y se entienden como una verdad indiscutible. La historia, al interpretar, no debiera tomar una visión en particular como verdad absoluta. Recordar críticamente tiene que ver con no dejar que se cuelen visiones que aceptemos sin chistar.

Negarse a rememorar a este personaje desde una actitud nostálgica y, en vez de eso, analizarlo en su época e intentar comprenderlo en el contexto histórico que vivió. Indagar en sus ideas, en su forma de entender el gobierno, la independencia e incluso la democracia. Bajarlo de su actitud de estatua permanente, de calle principal de capital, de moneda; y pensarlo desde la reflexión intelectual, desde la visión de artistas, historiadores y novelistas. Todas esas acciones nos permitirán acercarnos desde el presente a él y, con absoluta suspicacia, intentar develar qué nos puede decir a nosotros el día de hoy. ■

¿Por qué recordar a O'Higgins hoy?

Por Lucrecia Enríquez

Doctora en Historia, docente Instituto de Historia Universidad Católica

Me pidieron que explicara por qué hay que recordar a Bernardo O'Higgins. Les hice la pregunta a varias personas. Las respuestas fueron desde "no sé", hasta el todo que implica decir que fue el "Padre de la Patria" (pero sin saber explicar por qué), o nombrar batallas y que fue un guacho. ¿Por qué recordar a O'Higgins hoy? Porque, como lo evidencian las respuestas obtenidas, se ha ido perdiendo su recuerdo, o es fragmentario, y porque a todos mis entrevistados les pesó no saber más, o que lo que recordaban de él era poco y pobre.

¿Cómo explicar por qué se lo conoce poco, cuando en cada ciudad hay una calle o una plaza con su nombre y una estatua, y cuando todos sabemos que es un prócer nacional? Su figura histórica se ha reproducido, inventado y reinventado tanto que necesitamos volver a su época y verlo actuar allí. Después de su generación el mundo occidental fue otro. Desaparecieron los reyes absolutos, el mérito heredado de los antepasados, la limpieza de sangre, los títulos nobiliarios y muchos privilegios (no todos). La modernidad política se instaló con guerras, asesinatos, debates, exilios, congresos, votos y libertades para algunos y pese a algunos. Con marchas y contramarchas.

Podemos ignorar, criticar y condenar a O'Higgins y a otros de su generación por lo que hicieron, por cómo lo hicieron y también, claro por sus omisiones. Pero después de ellos y con ellos se construyó la república. Nosotros vivimos hoy aún en el mundo que ellos imaginaron como posible, el de la libertad y la igualdad, la representación y la libertad de conciencia, opinión e imprenta. Un mundo sin tortura, con justicia, constitución, derechos y deberes.

Con Bernardo O'Higgins ocurre además algo muy especial: queremos conocer cómo era, qué sentía, qué amaba. Nos interesa su vida personal, su infancia, imaginar su soledad y sus sentimientos

por la ausencia paterna. Es que O'Higgins tuvo una vida de obra de teatro. Hijo natural de un funcionario de la Corona española que llegó a ser virrey, a pesar de ser irlandés. Su padre, aunque nunca lo legitimó, le financió una educación privilegiada en Londres donde tomó contacto con la masonería y con uno de los revolucionarios más radicales de la época, el venezolano Francisco Miranda. Los espías españoles pronto conocieron el vínculo. Su padre de inmediato le cortó el financiamiento. Dicen que la noticia le provocó la muerte a Don Ambrosio y Bernardo tuvo que volver precipitadamente a Chile donde al parecer se tranquilizó y se convirtió en un rutinario hacendado escondido en el sur.

Pero la convulsión de la época también llegó al fin del mundo y sacó a Bernardo de su casa. Patriota, liberal, soldado por necesidad y convicción, las circunstancias lo convirtieron en diputado y al poco tiempo lo posicionaron al frente del ejército patriota donde desarrolló sus dotes de estrategia militar. Tomó las decisiones más arriesgadas tanto en la batalla de El Roble como en la de Rancagua, donde demostró el radicalismo que lo llevó a victorias y derrotas. Luego vino el exilio en Mendoza, donde se amplió su horizonte de la libertad para incluir la lucha americana.

Personalmente creo que este fue uno de los momentos más grandiosos de Bernardo O'Higgins: darse cuenta que la única forma de vencer a los españoles en su trinchera limeña era aunando a los patriotas de Chile y las Provincias Unidas. En este sentido, la colaboración, amistad y lealtad entre O'Higgins y San Martín fue decisiva. Sólo dentro de la "causa de América", como la llamaban, O'Higgins se convirtió en libertador y padre de la patria al declarar la independencia el 12 de febrero de 1818.

Lo recordamos más como militar que como gobernante. La elite santiaguina tuvo que tolerarlo, pero no lo querían, no era de la "gente como uno". Le dificultaron el gobierno porque no impulsaba un congreso constituyente. Al final, renunció luego de una sublevación militar. Se autoexilió pensando que regresaba pronto. No lo dejaron volver nunca. Las divisiones internas durante el proceso de independencia fueron tan profundas que la clase política lo prefería lejos. Pero el pueblo no lo olvidó. Regresó muerto y convertido en símbolo. Aprobaron en las cámaras la repatriación

de sus restos en 1868 los mismos que impidieron traerlo inmediatamente después de su muerte en 1842. Quizás a esa altura del siglo ya reconocían que sus propias luchas por la libertad las había iniciado él. Al leer la prensa de la época la imagen es conmovedora. La gente llegaba de lejos al camino que unía Valparaíso con Santiago para ver pasar su ataúd. Lloraban y le agradecían la libertad. Desde entonces muchos gobernantes han querido ser otro O'Higgins porque no es posible pensar, imaginar o cambiar Chile sin él. ¿Por qué recordarlo, entonces? ■



Teatro UC

Decano Facultad de Artes
Luis Prato

Director Escuela de Teatro
Alexei Vergara

Directora Ejecutiva Teatro UC (s) | Verónica Tapia
Director Artístico Teatro UC | Andrés Kalawski

Productor Artístico David Meneses · **Encargada Comunicaciones y Públicos** Amalá Saint-Pierre · **Adjunto de Comunicaciones y Públicos** María Ignacia Goycoolea
Prensa Constanza Flores y Rafaela Merino-Bianchi · **Diseño Gráfico** Florencia Aguilera
Administradora de Sala y Gestión de Públicos Marcela Rivera · **Jefe Técnico** Francisco Lacalle · **Operador Técnico** Pablo Jorquera · **Realizadores Escenográficos** Eduardo Gallagher, Claudio Viedma, Alejandro Núñez · **Sonido** Marco Díaz **Iluminación** Juan Carlos Araya, Pablo Sáez · **Realización Vestuario** Sergio Aravena · **Boletería** Viviana González y Lucía Castillo · **Encargado de Promoción y Ventas** Mario Contreras, Raúl Pacheco · **Asistente de Administración** Francisco Jorquera y Héctor Ibarra · **Jefe de Administración y Finanzas** Luis Coloma · **Aseo** Ana Cid, Natalia Torres · **Secretaria** Verónica Vergara

Contenidos programa de mediación

Departamento de Comunicaciones y Públicos Teatro UC

Fotografías *O'Higgins, un hombre en pedazos*

Pedro Aceituno Hoffman, Rafael Labraña Sevilla, Prensa UC.

Venta de funciones a instituciones educativas y empresas:

Mario Contreras: mcontree@uc.cl, 22 354 5106

TEATROUC.CL

JORGE WASHINGTON 26 • PLAZA ÑUÑO A • INFORMACIONES 22 205 5652



@TEATROUC



/TEATROUC.OFICIAL

AUSPICIADOR TEATRO UC

MEDIA PARTNER

COLABORA

PATROCINA

UNA OBRA DE

COPRODUCCIÓN

